

La mujer de mi marido

Por Laura
La Plante



25 cént.

BIBLIOTECA TREBOL

Publicación semanal

Núm. 102

POLLARD, Harry

BIBLIOTECA TREBOL

La mujer de mi marido

(POVÉR FALES, 1926)

Deliciosa comedia de la vida moderna, interpretada por

Edward Everett Horton

y Laura La Plante

Versión literaria de

CRISPULO GOTARREDONA

Exclusivas Universal Hispano Americano Films, S. A.

Valencia, 233 - Barcelona

Guion de MELVILLE W. BROWN, segons la
NOVELLA DE EDGAR FRANKLIN
J

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

París, 204 - BARCELONA

PERSONAJES:

<i>Juanita la esposa de Whimore.</i>	Laura La Plante
<i>El susodicho Whitmore . . .</i>	Edward Everett Horton
<i>Curlew, comerciante. . . .</i>	Tom Ricketts
<i>Dixon, un estafador. . . .</i>	George Siegmann

LA MUJER DE MI MARIDO

I

Había tres ventanas y las tres estaban materialmente ocupadas por el numeroso personal de la oficina de Enrique Curlew.

—¡Qué trompa! ¡Oiga, Norton, venga usted!

El llamado Norton acudió al llamamiento, se asomó por encima de los hombros de dos compañeros y soltó una exclamación:

—¡Qué trompas!...

Sus ojos tropezaron con la persona de Jeime Whitmore, que seguía en su mesa tan impasible como de costumbre, sin darse cuenta de lo que atraía tan poderosamente la atención del despacho en masa de la casa Curlew.

—Amigo Whitmore, ¿qué hace usted que no viene? — exclamó Norton.

El aludido miró hacia la ventana. Entonces se dió cuenta de qué la casa Curle— en peso,

se hallaba asomada a las ventanas, pero no sintió la menor curiosidad y volvió a su labor. Norton se encogió de hombros y le volvió la espalda.

La naturaleza había dotado a Whitmore de un carácter impasible. Le llamaban el Opaco, porque en su rostro no dejaba traslucir nunca la menor emoción interior. Era una especie de autómata que cumplía todas sus obligaciones con gran exactitud, como un autómata maravilloso, pero sin que nada le impresionase en lo más mínimo.

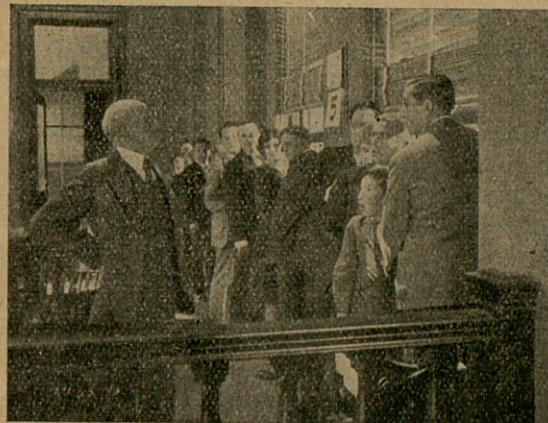
Proseguían los demás asomados a las ventanas, admirando un gran desfile de elefantes que pasaba por la calle. Como se ve, la oficina del señor Carlew, era un modelo de organización y de trabajo.

Así por lo menos lo creía el principal, que era una persona cargada de buena fe, y en extremo caprichosa.

Contra su costumbre, Whitmore sintió la curiosidad de ver lo que tan poderosamente atraía la atención de sus compañeros, y se asomó a la ventana más próxima.

Casi al mismo tiempo, se abrió la mampara del despacho del gerente y apareció el señor Carlew en persona. Los empleados fueron retirándose a sus mesas respectivas y sólo quedaba Whitmore, asomado a la ventana.

—Le ruego que pase por mi despacho cuan-



—Le ruego que pase por mi despacho cuanto antes.

to antes—le dijo Curlew ásperamente, reprimiéndole con una mirada severa.

Whitmore le siguió. Aunque su rostro no expresaba el menor temor, sabía que su jefe le iba a dar una reprimenda. Cuando el señor Curlew se hubo sentado en su poltrona, habló así a su dependiente:

—¿Cree usted que se gana bien el sueldo mirando cómo pasan por la calle los paquidermos? Busque la manera más airosa para usted de dejar para siempre esta casa.

—No es cosa difícil—respondió Whitmore sin perturbarse—. Presentaré la dimisión.

La cara de Curlew reflejó cierta alegría que se cuidó muy bien de reprimir, al oír la contestación de su dependiente, y después de decirle que por la tarde le entregase la dimisión, lo despachó y una vez solo se frotó las manos, como una persona a quien van bien los negocios.

—¡Este hombre, con esta cara, vale mucho! ¡Ya lo creo que sirve!

Whitmore salió del despacho del principal pensando que era un mal día, y como fuera llegada la hora de comer se caló el sombrero y se marchó a su casa, tal vez maldiciendo a la vida, pero no lo aseguramos, porque su rostro no reflejaba más que su habitual indiferencia.

II

Juanita, la esposa de Whitmore, tenía la absurda pretensión de saber leer en la cara del marido como en un libro abierto, y aquel día, cuando salió a abrirle la puerta, y le vió entrar, exclamó:

—¡No me lo niegues, Juanito! ¿Verdad que mister Curlew te ha aumentado el sueldo? ¡te lo conozco en la cara!

Como se ve, Juanita tenía una penetración admirable.

Su esposo no le hizo el menor caso y se dirigió al comedor. Whitmore tenía una mala costumbre: que continuamente tropezaba con la abarquillada alfombra del comedor y aquel día, por estar a tono con las adversidades, casi cayó de brúces.

—¡No te pures, Juanitín...! Hoy mismo compraré una alfombra nueva. ¡Ya era hora de que pudiéramos cambiarla!

Whitmore no respondió; pero a media comida, volvió sobre el asunto y preguntó:

—¿Estamos a día veinte... y aún tienes dinero para comprar alfombras?

Juanita hizo un mohín gracioso: el mohín de siempre que iba a decir alguna barbaridad a su marido...

—No, pero... como te han aumentado el sueldo... diré que la vengan a cobrar el día primero.

—No; eso no—, dijo Whitmore.

—¿No?...—preguntó Juanita.

—¡¡No!!!

—¿Por qué?...

—¡Porqué no!

Hubo una pausa durante la cual, Juanita dirigió furtivas miradas a la cara de su marido...



—¡No te apures, Jaimitín!...

—¿Se habría equivocado? Después, volvió a la carga:

—Así, que no me dejas comprar la alfombra nueva, ¿eh?

—No.

—¿No...?

—¡No!

—¿Por qué...?

—¡¡Porque no, ea!!

Guardaron silencio unos segundos; después, ella, con objeto de reanudar la conversación, dijo:

—¡No pongas esa cara de idiota! Me irritas los nervios y si yo empiezo también a poner cara de tonta, verás qué bien te sabe.

—¿Tú cara de tonta?—replicó Whitmore.— ¡No digas imposibles!

—Si piensas seguir negándome hasta los más insignificantes caprichos—, añadió Juanita, después de una pausa—te advierto que no me importa. ¡Trabajará y me comprará lo que quiera!

—¡Juanita, tú no harás eso! ¡Te prohíbo que trabajes!—exclamó el con energía.

—¿Qué has dicho?...

—Digo que te lo prohíbo! Y aun añado una cosa: que si estás dispuesta a hacer lo que dices, olvídate que soy tu marido.

—¿Te figuras que me asustas?—dijo Juanita.

Whitmore pensó que en trances como este, lo mejor era marcharse y se fué, con la más viva indignación retratada en el semblante.

Llegó a la oficina de muy mal humor. Una vez redactada la carta de dimisión, pasó al despacho del principal, con objeto de entregársela personalmente.

Curlew la leyó, le miró, le sonrió y, después, soltó esta proposición:

—¿Le gustaría, “querido” Whitmore tener participación en el negocio... y ganarse mil dólares esta misma semana?

Whitmore no pudo responder: se limitó a asentir con un movimiento de cabeza, pensan-

dó para sus adentros que su principal se había vuelto loco y lo mejor era seguirle la corriente.

—Hoy llega mister Dixon, nuestro futuro cliente; si firma el contrato que esperamos y usted lo consigue hay a ganar esa cifra—explicó el señor Curlew. Para conseguir mi deseo, es necesario aislarle de nuestros competidores y cuento con usted. Dixon es un hombre fácilmente irritable y le molesta mucho la menor contradicción, el menor gesto de desagrado, cosas que usted sabe disimular muy bien.

—Mientras duren estas negociaciones, usted será mi socio y por sus trabajos en este asunto le pagaré mil dólares. Por lo tanto, desde ahora, basta de cumplidos. Llámeme Enrique a secas.

—Está bien, Enrique—dijo el imperturbable Whitmore.

—Y ahora a la estación corriendo. No le será difícil conocer a Dixon, porque de seguro cuando llegue usted allí ya le estará esperando.

Jaime quiso participar la buena nueva a su mujer y telefoneó a la portería de su casa, para que la avisasen.

—La señora Whitmore salió hace unos minutos—le respondieron—. Quizás ha ido de viaje, pues llevaba una maleta en la mano.



Jaime quiso participar la buena nueva a su mujer...

Jaime quedó pensativo. ¿Habría realizado su mujer los propósitos con que le amenazara durante la comida? —preguntábase—; pero como no había tiempo que perder, se dirigió a la estación.

III

Mister Jorge Dixon, el presunto comprador forastero, se paseaba por el vestíbulo de la estación esperando al señor Curlew, o a la persona que en su nombre iría a recibirle.

Dió la casualidad de que Jaime Whitmore, al llegar allí, había seguido a una mujer cuyo aspecto exterior era un vivo retrato de su mujer. La desconocida llevaba el rostro cubierto, y no había manera de verle la cara, pero Jaime habría jurado que era su mujer.

—¡Juanita! ¡Juanita!... — iba diciendo con voz suplicante.

Pero Juanita no se movía. Dixon observó la insistencia con que el desconocido molestaba a aquella mujer, y se interpuso en el momento que Whitmore la detenía.

—¡A usted nadie le ha dado vela en este entierro!—exclamó Jaime—. ¡Esa mujer es la mía!

Pero el supuesto marido se llevó un gran chasco, pues la señora se levantó el velo y mostró un rostro negro como la noche.

Dixon obsequió con unos cuantos impropios de su mejor repertorio al “tenorio”, y fué al teléfono a comunicar con Curlew.

—Soy Dixon—explicó al propio Curlew—. Hace un rato que llegué y no he encontrado a nadie esperándome en la estación.

—Habrá llegado tarde— pensó Curlew—, y luego, en voz alta, le dijo a Dixon:

—Tome un taxi y venga al despacho:

Al salir de la cabina, Dixon vió al individuo con quien antes tuviera aquellas palabras, discutir con una mujer a la que, al parecer, había querido abrazar. La verdad era que no había ocurrido más que un encontronazo casual.

En cuanto Jaime pudo desprenderse de aquella buena señora, dándole toda clase de excusas, fué al teléfono y conferenció con Curlew.

—Lo siento mucho—le dijo—, pero hace media hora que ando por la estación sin poder fijar la atención en nadie.

—Acabo de hablar con el señor Dixon—le respondió Curlew—. Probablemente cenará esta noche en mi casa, y deseo que usted también venga—añadió su principal.

Jaime se apresuró a ir a su casa, con la esperanza de que Juanita hubiese regresado, pero esa esperanza quedó pronto deshecha y, por el contrario, la triste y desagradable realidad vino a confirmarle, por medio de una carta que halló en la mesa del tocador en lo fundadas que eran sus primitivas sospechas.



Dixon se volvió y Jaime, para despitar...

No bien hubo leído la carta en la que Juanita le decía concisamente que, en vista de su amenaza de que si iba a trabajar olvidase que fuera su mujer, había decidido abandonarle; llamaron al teléfono. ¡Era ella! ¡No podía ser nadie más! Con esta confianza se puso al teléfono y con la voz más dulce, preguntó:

—¿Qué quieres, vidita?

—Oiga, Jaime—respondió una voz que al punto reconoció ser la de su jefe—, yo le di permiso para tratarme con confianza, pero ¡vaya!, me parece que exagera la nota.

Jaime se disculpó como pudo:

—Creo que su mujer es muy simpática y que sabe portarse muy bien en sociedad. Deseo que esta noche la traiga para dar más realce a la cena.

—Verá usted..., hoy... precisamente...— se apresuró a decir Jaime.

—Nada de excusas; no las admito. Además, si se firma el contrato, le daré el doble de lo prometido—dijo Curlew.

Por dos mil dólares Whitmore era capaz de resolver todos los conflictos del mundo, así es que si no tenía esposa, era cuestión de improvisarse una, fuera como fuese.

Telefoneó a una agencia teatral y pidió una mujer, pagando lo que fuera, para representar un papel en sociedad.

La casualidad quiso que se encontrase en la agencia Jim Bananey, boxeador fracasado, y su esposa, segunda tiple, sin contrata, que, para seguir viviendo, estaba dispuesta a aceptar cualquier papel en el tablado que fuese.

—No te opongas—le dijo a su marido que era extraordinariamente celoso, cuando el agente le propuso aquella combinación—. No es más que para figurar como esposa de un señor que está invitado a una fiesta y ha de ir acompañado de su esposa que, por lo visto, se le ha escapado con otro.

El boxeador aceptó a regañadiente y accedió, pero imponiendo la condición de que estuviese de regreso antes de las doce de la noche.

IV

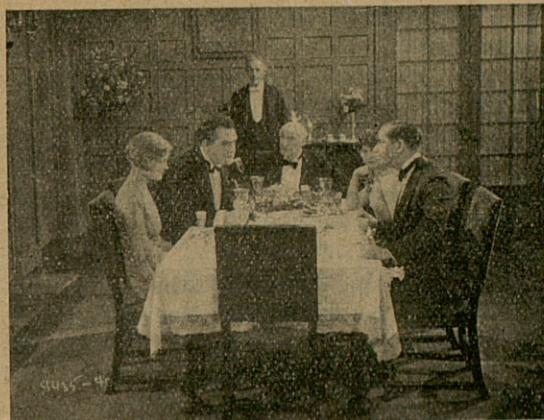
Media hora después, en casa de Curlew, éste y Dixon se hallaban en el salón aguardando a los invitados. Mientras tanto, Dixon, refería al principal de a Jimé, la escena que había presenciado en la estación.

—Aquella escena—concluyó diciendo Dixon—, me hizo agradable la inútil espera, pero yo detesto a esos hombres que no piensan más que en hacer conquistas.

El criado anunció la llegada del matrimonio Whitmore.

—Mi joven socio—explicó Curlew—. ¡Verá usted qué chico tan simpático!

El chico tan simpático presentó a su esposa de ocasión al señor Curlew cuando éste salió al vestíbulo a recibirlas, y aprovechó el momento para encargar a Jimé que pusiera todos los medios posibles para conseguir que firmase el contrato aquella misma noche.



Durante la cena, Curlew contribuyó a complicar la situación.

—Estoy seguro que simpatizaréis al momento. Ya sabes que conozco al instante el carácter de los hombres—añadió Curlew, mientras se dirigían al salón.

Cuando Jimé se vió ante el señor Dixon, toda la sangre se le bajó a los pies: era al señor que se había metido con él en la estación. Por su parte, Dixon se quedó asombrado y al propio tiempo le hizo tal gracia la coincidencia de que el conquistador de la víspera fue-

se el socio de Curlew, que empezó a reir a carcajadas.

Curlew se frotaba las manos de gusto, y decía:

—Estaba seguro de que simpatizaríais. ¡No me equivoco nunca!

Dixon se levantó y expresó sus deseos de retirarse. Curlew se alarmó. ¿A qué podía obedecer aquel cambio?

—Imposible que se vaya. Es usted mi huésped, mientras permanezca en Nueva York.

—No, gracias. Tengo precisión de dictar algunas cartas y necesitaré una taquígrafa del hotel.

—Precisamente yo tengo aquí una de primer orden que he tomado hoy. La hice venir por si la necesitábamos.

Sin saber por qué a Jaime le dió un vuelco el corazón. Un presentimiento terrible acudió a su memoria y mientras el criado iba a avisar a la nueva taquígrafa, una idea fija, le daba vueltas en la cabeza. ¡Y el presentimiento se hizo realidad en cuanto vió aparecer por la puerta a su propia esposa!

—Mire, Juanito, qué secretaria he contratado esta tarde. Y dirigiéndose a la aludida, la presentó:

—Señorita Bauford, mi joven socio.

—¿Su socio?—preguntó Juanita extrañada.

—Sí; y su esposa, la señora Whitmore.

¡Qué conflicto! Jaime anhelaba en aquellos

momentos que la tierra se lo tragase, que ocurriese algo catastrófico que le borrase del mapa, pero el planeta seguía su marcha inmutable y allí, delante de él, su esposa permanecía acusándole con una mirada inquisidora.

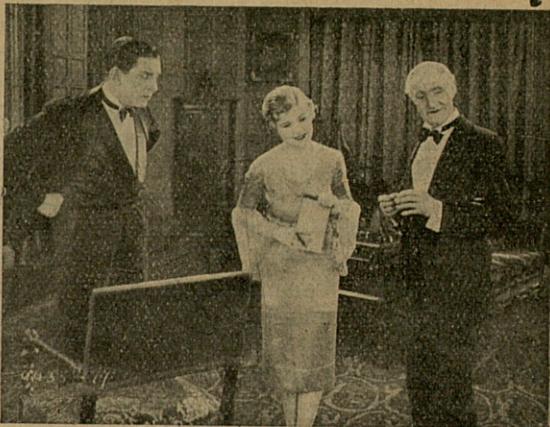
—Si usted ha de ser mi secretaria, me parece que mister Curlew tendrá que sacarme de aquí por la fuerza—afirmó Dixon, aprovechando un aparte, dijo a Whitmore:

Curlew estaba cada vez más satisfecho y,

—Me parece que he hecho una buena adquisición. Ella sola es capaz de hacerle firmar hasta su sentencia de muerte.

Para el colmo de males, la falsa esposa de Jaime representaba su papel a las mil maravillas. Juanita estaba indignada, pues estaba firmemente creida de que lo que veía era verdad. ¡Tanto tiempo engañándola y ella sin saberlo! Pero para vengarse, empezó a coquetear con Dixon.

Jaime quería hacerla comprender por señas, ya que no podía otra cosa, que todo aquello era una mentira. Dixon se volvió, y Jaime para despistar tuvo que simular unos pasos de baile de lo más ridículo.



—¡Con muchísimo gusto!

V

Durante la cena Curlew contribuyó a complir la situación.

—De vez en cuando celebramos fiestas bastante agradables, ¿verdad, señora Whitmore?

—¿Hace mucho tiempo que son ustedes socios?—, preguntó Juanita a Curleñ.

—Unos tres años, desde que Jaime se casó.

—Y... ¿han tenido familia?

—Sí, dos gemelos.

¡Oh! Juanita estaba que echaba asquias. ¡El muy canalla! Ya no le volvería a mirar la cara en su vida. En cambio, Jaime, sudaba tinta: ya no le cabía el recurso de hacerle señas, porque ella no le miraba y hubo de pasar por todo.

Después de la cena, Dixon recibió aviso para celebrar una conferencia al día siguiente con uno de sus clientes, que residía en un pueblo cercano y quiso ausentarse en seguida.

—Como tengo tanto trabajo, necesitaría una secretaria. Si la señorita Benford quisiera venir...

—¡Con muchísimo gusto!—respondió Juanita.

Y se la llevó.

—Permitir que se la lleve—dijo Jaime a Curlew— es exponer a la maledicencia el nombre de una muchacha inocente:

—¿Cómo sabe que es inocente?

—¡Se le ve en la cara! Además, ¿no comprende usted que si Dixon sale de esta casa puede caer en manos de nuestros competidores?

—Tiene razón. Sígales y haga lo posible por hacerles volver.

Le llevaban mucha delantera, y Jaime tomó un taxi y se hizo llevar a la estación volando.

Por el camino iba pensando que no debía consentir que su mujer se marchase con aquel hombre. Por otro lado, habíase mostrado aquel tan agresivo y parecía tan fuerte, que no sabía cómo lo iba a resolver.

Llegó a la estación, y en uno de los tantos bancos del vestíbulo vió a su mujer. Dixon estaba en la taquilla comprando los billetes.

Se aproximó a su esposa; ésta, en cuanto le vió le dijo:

—¡Tacaño! ¡Egoísta! ¡¡Millonario!!

—Juanita, por favor, ¡que te equivocas!

Dixon volvió con los billetes y al ver a Jaime y observar que se aprovechaba más de lo conveniente a la secretaria, se figuró qu etrataba de conquistarla. Y le cogió por el cuello del gabán.

—¿Qué se ha creido usted, *títi*?

—Su amigo ha vuelto a telefonear y ha dicho que llega mañana Curlew; le ruega que acepte su hospitalidad.

Regresaron a casa; Dixon acompañando a Juanita y su marido llevando las maletas.

Después de la velada, Jaime y su "esposa" iban a retirarse, pero Curlew se opuso.

—El caso es que... no podemos quedarnos aquí toda la noche— dijo la artista.

Pero quieras que no, Curlew les obligó a ocupar un cuarto. La artista estaba nerviosa. Era preciso salir de allí cuanto antes, pues sino iría a buscarla su marido.



—Juanita, por favor ¡que te equivocas!

—La sacaré, pero antes he de ir a ver si todavía hay gente levantada.

La intención de Jaime era "velar" por su esposa. Como sabía qué habitación la había sido designada, fué hacia ella, pero Dixon le sorprendió.

—¿Es que para usted todo el mundo es el vestíbulo de una estación?—le dijo con severidad—, y de un empujón lo metió en su cuarto, donde llegó con tal ímpetu que hubo de agarrarse a su falsa señora, para no dar contra un mueble.

—¡No haría usted esas entradas si estuviera aquí mi marido!

Más tarde, quiso intentar una nueva salida, pero le resultó peor que la primera, pues esta vez le habría estrangulado si no hubiese intervenido Juanita que acudió al oír los gritos que daba.

—¡Suéltelo usted, señor Dixon! ¡piense que tiene mujer y dos gemelos!

También Curlew acudió y habló con Jaime aparte, una vez que éste se pudo librar de las garras de Dixon.

—Oye, Jaime; parece que a Dixon le ha gustado la mecanógrafa y eso favorece nuestros negocios. Te ruego que lo dejes en paz.

—¡No accederé nunca! Lo que quiere ese mostadonte es seducirla. ¡Y no hay derecho!

—¿Y usted iba a defenderla cuando ha sido sorprendido intentando entrar en su habitación?

Con este propósito, Jaime volvió a las andadas y otra vez fué sorprendido por Dixon que ya estaba a la expectativa.

—Bueno, joven don Juan, ahora ya ha jugado usted bastante y va a saber cómo me las arreglo para que no vuelva a salir de su cuarto en toda la noche. ¡Aligérese usted de ropa!

Quieras que no, Jaime hubo de desnudarse y Dixon se llevó la ropa a su cuarto.

VI

En altas horas de la madrugada un hombre corpulento llamaba a la puerta de la casa de Curlew.

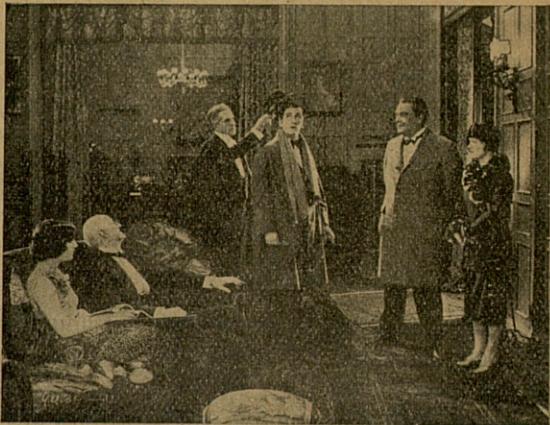
—Necesito hablar con una señora señora que seguramente habrá dicho que se llama Whitmore.

—Los señores de Whitmore se han marchado ya—, respondió el criado y mandó enhorabuena al importuno.

Entre tanto Jaime, que, por muchas razones no podía desistir de hablar con su mujer ni “dejar de protegerla”, se vistió con el abrigo de su mujer “apócrifa”. La pobre mujer, que mientras había permanecido Dixon en el cuarto se refugió en el baño, al ver a Whitmore en aquella facha, protestó.

—Cuando llegue mi marido supongo que no le recibirá con un traje tan guerrero como este.

Salió de nuevo y andando muy cautelosa-



Regresaron a casa...

mente pudo llegar hasta la puerta de la habitación de su esposa y penetrar en ella. Al verlo en aquella facha, Juanita ahogó un grito:

—No grites, que el gorila de la habitación de al lado puede oírtel! ¡Quiero que lo sepas todo, explicártelo todo!

—¡Pero no sabrás explicarme quién es esa mujer!

Cuando Jaime a dar amplias explicaciones se presentó... ¿quién iba a ser sino Dixon?

—¿Ya está aquí otra vez? ¿Es que no hay

manera de que ceda en su manía? ¡Se acabó la paciencia! ¡Voy a terminar con usted!

Jaime, presintiendo que la mano de Dixon era bastante dura, trató de escapar, y Dixon, después de obligar a salir a Juanita a la fuerza, se preparó para dejar de él un buen recuerdo.

Hadía cerrado con llave y Juanita, desde afuera, llamaba en vano, invocando a todos los santos para que no hiciese daño a su pobre Jaímín. Pero, naturalmente, Dixon, cegado por la cólera, no oía nada y no veía más que a un bulto que a la escasa claridad que proyectaba la luna, iba escurriéndose por la habitación.

De pronto, se interpuso un cuerpo voluminoso ante la ventana. Era el del boxeador que ya que no le habían dejado entrar, lo hacía él por su cuenta y riesgo.

Dixon, cegado como estaba, no se apercibió del detalle. Tampoco se dió cuenta de que Whitmore se había ocultado debajo de la mesa y él perseguía a un hombre corpulento.

Ambos se embistieron y se originó una lucha cuerpo a cuerpo que hacía más terrible la obscuridad que reinaba en la estancia.

Desde su escondrijo, Jaime presenciaba la contienda.

Juanita, la esposa del boxeador, y Curlew, daban fuertes golpes a la puerta, pero ésta no cedia.

—¡Llamen a la policía! —dijo Juanita, temiendo por la vida de su marido.

Pero la vida de su marido estaba a salvo.

—¡Delé un golpe duro, Dixon! ¡Mi socio necesita una pequeña lección!

Mas Curlew cambió de opinión casi instantáneamente, a raíz de recibir un telegrama en el que se le participaba que Dixon era un timador. Entonces susurró a Whitmore:

—¡Duro con él, Juanito! Ese es un timador.

Diez minutos después de una fiera lucha, los dos contendientes quedaron extenuados y sin sentido. Entonces Whitmore abrió la puerta con gesto triunfador y aspecto de cansado. Todos irrumpieron en la estancia. La esposa del boxeador se arrojó sobre el cuerpo de su marido y, dirigiéndose a Jaime, le dijo: ?

—¡Salvaje! ¿Por qué ha maltratado así a mi marido?

—¡Señora! ¿Y él por qué se metía por en medio?

* * *

Media hora después Juanito Whitmore y su esposa se reconciliaron, previas las explicaciones de rigor.

Curlew, les dijo:

—Los dos sois inteligentes. Usted, Whitmore, además, ha demostrado ser un hombre valeroso. Han sabido evitarme la pérdida de unos miles de dólares y deseo recompensarles. ¿Qué quieren que les regale?

—¡Una alfombra nueva! — respondieron los dos al unísono.

FIN



El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS

Discreteos, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías, rencores y celos
Felicitaciones de Santo
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA